

Entrevista con Ema Elena Valdelamar

Mil besos y mucho corazón

Pável Granados

En el bolero sobresalen sin duda las canciones de Ema Elena Valdelamar, quien junto a María Grever y Consuelito Velázquez conformó una brillante terna de reinas que llevaron a la música mexicana a todos los rincones del alma bohemia. Pável Granados nos ofrece una entrevista plena de anécdotas jugosas con la autora de “Mucho corazón”, “Vivir sin ti” y “Cheque en blanco”, entre otras.

Detrás de las canciones de Ema Elena Valdelamar (1925-2012) sólo hay historias verdaderas. Y está una mujer que convirtió sus experiencias en bellísimas canciones. En la música popular mexicana ha habido muy pocas mujeres que se han atrevido, como ella, a poner en palabras sus sentimientos. La primera fue, sin duda, María Grever, que triunfó fuera de México, y luego Consuelito Velázquez. Y estaba también la regiomontana María Alma, pero murió a los treinta y nueve años, luego de una anemia fulminante, en 1955. Son estas cuatro mujeres las que se atrevieron a decir lo que pasaba dentro de ellas en un mundo musical que nada más escuchaba las canciones de compositores como Gonzalo Curiel, Luis Arcaraz o Agustín Lara, quien decía: “Has de volver, lo juro yo, que al fin eres mujer”.

Una vez, Ema Elena dijo: “Yo tenía tanto amor y nadie lo quiso, así es la vida”. En sus canciones se habla de las ganas de amar, de lo valioso que es intentar el amor a pesar de las malas experiencias. “Te ofrezco lo que queda de mí, te pido lo que queda de mí”, dice en una de sus canciones más populares, la que le cantó como nadie Javier Solís, “Amor sin pasado”. Qué fasci-

nante ir a casa de Ema Elena, a platicar de Esmeralda La Versátil, de Néstor Mesta Chayres, de Los Bribones, de Pedro Vargas, de personajes de los que cada vez menos se habla y a los que menos se recuerda. En su casa estaban vivos, en las fotos y en sus anécdotas. Con toda razón, cuando murió, el pasado 23 de diciembre, Armando Manzanero dijo que se iba la última gran compositora de México.

El 9 de octubre de 2012 la invité a la Fonoteca Nacional para platicar de su vida y de sus canciones. Hablamos de los amores que viven detrás de sus versos, de las anécdotas que no se ven, pero que están aprisionadas para siempre en sus estrofas.

“Qué bonitas son mis canciones”

—¿Cuál fue la primerita de todas sus canciones?

—No la estrené. Se llama “Te olvidé”, se me ocurrió hacerla en secundaria y me sacaron del salón. Sí. Yo no había hecho ninguna canción antes; la melodía y todo tienes que grabártela. Entonces, les pedía a mis compañeros, que eran cinco: “Tú te aprendes esta frase y vete para allá”. “Tú esa otra...”. Cantando, ¿eh? Pero

el maestro se dio cuenta, nos nombró a cada uno y dijo: “¡Sálganse de la clase! Tienen cero en conducta”. Sí, un cero, y lo he llevado mucho tiempo...

—¿Y se acuerda de esa canción?

—Bueno, me acuerdo si la quiero recordar. Tal vez sí, pero no tiene caso porque me dio mucha tristeza; yo soñaba que me la grabaran los hermanos Martínez Gil, que me fascinaban y pensaba que con las guitarras de ellos iba a ser muy bonito. Por desgracia no me tocó esa suerte. Bueno, tuve mucha suerte con muchas cosas... Lo compensé con otras, sí.

—Pero una vez me contó usted que desde muy niña fue tocada por la música. Desde muy chiquita conoció a grandes compositores. Por ejemplo, a Jorge del Moral, el autor de “No niegues que me quisiste”.

—¡Lo conocí! Era mi vecino, nada más para conocerlo salía corriendo. “¡Ya ves, ya se va, salte!”, me decían. Y salía corriendo de la privada para verlo pasar. Era un muchacho muy alto, delgado, delgado, ¡y qué canciones hacía, oh, Dios Santo! A mí me parece una belleza toda su música.

—Pero también conoció a la mujer que ha sido como una maestra de las compositoras, María Grever. Tenía una calidad extraordinaria, y me impresiona que usted la haya conocido y que haya hablado con ella.

—¡Yo me moría por conocerla! Vino a pasar a México un mes de programas en la XEW y mi papá me llevó a todos los programas de ella, era muy agradable. Ya venía con la parálisis en medio lado, pero dijo: “Bueno, Dios me hizo el milagro de que mi mano derecha vol-

viera a moverse y puedo escribir mi música y de eso le doy gracias a Dios”. Linda señora, muy agradable. Luego, me invitaron a tratarla y a oírla cantar sus canciones. Invitaron también a Pedro Vargas, a Pepe Agüeros, su pianista, y a mí. Estuve disfrutando las canciones de la señora. Maravillosas, claro que yo la traía clavada así en la mente. Había muy pocas compositoras.

—Usted me contó que estaban escuchando las composiciones de María cuando ella le tomó a usted la mano y le dijo: “Qué bonitas son mis canciones”.

—Yo estaba amenazada por mi mamá, que era un ogro contra mis canciones. Entonces, pensaba: “Si yo dijera que qué bonitas son mis canciones, mi mamá me mata”. En cambio, María Grever, solita me dijo: “Oye, qué bonitas son mis canciones, ¿no te gustan?”. “Me encantan”, le contesté. Pero con qué facilidad, con qué talento lo dijo. Entonces, yo pensé que no era tan malo como me tenían prohibido a mí decir: “Cuidado y digas que una canción tuya es bonita, o que sirve”. Ese día aprendí de la señora a escuchar mis canciones y a sentir que me gustaban.

—¿O sea que una parte importante es la propia confianza?

—Crear en ti. Pero como todos me hacían el feo... Como pasa con la familia. Yo creo que les caes gorda desde chica y, entonces, les daba coraje que yo hiciera canciones. “Ah, creo que tú cantas, la fiesta está muy aburrida, ven a cantarnos”. “Pues yo no vine de mono de diversión, adiós”, decía y me iba. Pero te digo, es la familia la que no cree en uno.



Emilia Elena Valdelamar con su familia

—¿Quiénes son los que empezaron a creer en usted?

—El público. Y por eso lo amo, porque siempre está conmigo. Hace años que está conmigo.

Hablarle de tú al amor

En la música de Ema Elena Valdelamar se aprende que es mejor dar que recibir. Anteriormente, los compositores tenían posturas muy distintas. Las compositoras fueron las primeras en hablar del amor con sinceridad, en hablarle de tú al amor. Lara, por ejemplo, tendía a fanfarronear en sus letras.

—Pero se te antojaba que Agustín dijera eso. Lo decía muy bien. Que era feo, que era horrible, a mí qué me importaba; yo tenía su retrato en mi buró. Venía mi tía, la hermana de mi mamá, y me decía: “Quita esa calavera del buró”. Le respondí: “No, no, no, si me voy a casar con él”. Me fascinaba Lara. Lo conocí una noche que fui al programa de *La hora del aficionado* en el Teatro Alameda. Era ya el premio grande, yo estaba en las finales, y no sé cómo pero me gané el segundo lugar. Me estaba arreglando yo el pelo, para salir arregladita al final en el teatro, cuando en el espejo grande veo la silueta de Agustín Lara y la piernas me empezaron a temblar... ¡Ay, las maracas empezaron a sonar! Me le quedé viendo, se sacó muy elegantemente una tarjeta de su *smoking* y me dijo: “Me llamo Agustín Lara, búsqume, quiero que usted sea mi intérprete”. “Gracias”, yo casi me desmayaba. Cuando traté en familia esta petición, mi madre dijo: “Primero me divorcio a que tú cantes con ese pelado”. Se deshacía el matrimonio de mis papás... Bueno, mi papá podía haber sido más feliz...

“Cuando yo empecé a llevar mis canciones a ver si me grababan algo, un señor me preguntó que de quién eran esas canciones. Ni las oyó, ni nada, nomás aventó los papeles. Le dije: “Pues son mías”. “Ah, si son de una mujer no sirven”. Me enojé con el señor y le dije: “¿Usted es hijo de hombre o qué?”. Estaba yo muy jovencita, tenía dieciséis años, pero no me dejó. Terminamos medio enojadotes, pero con el tiempo me he arrepentido de haber perdido tantos años, de no tratar a ese señor más de cerca, porque era efectivamente un director artístico maravilloso, Mariano Rivera Conde, que en paz descansa, el esposo de Chelo Velázquez. Pero como cuarenta y tantos años después de habernos peleado, vino a un agasajo que se le hacía en homenaje a José Alfredo Jiménez, en la Sociedad de Autores y me dijo: “Hágase para allá que me voy a sentar con usted”. “Sí, señor”. Pues ahí nos empujamos a sentarnos como pudimos. Me dijo: “Me quedan dos o tres meses de vida y quiero pedirle perdón, Ema Elena, porque yo le cerré el paso en su vida, para que no triunfara, para que no le grabaran. Todo, editoras y todo”. Yo me sorprendí sobre todo de que hubiera tenido el valor de bajarse a tanto y a decirme una cosa tan importante que le dije: “No, Mariano,



Ema Elena Valdelamar

devuélvame mi juventud y mis oportunidades y está usted perdonado”. Entonces, él me dijo: “No puedo devolvérselas, por eso vengo a pedirle perdón, para irme tranquilo”. “Está usted perdonado, Mariano, que Dios lo bendiga”.

—Pues qué bonito gesto tuvo usted.

—Pero muy bonito gesto de él, también.

Mucho corazón: “Antes de amar, debe tenerse fe”

“Mucho corazón” es un parteaguas en la música mexicana. Es la canción más grabada de Ema Elena Valdelamar, tiene mil versiones y ha sido grabada por Benny Moré, Olga Guillot, Luis Miguel, y numerosos artistas más en muchos idiomas.

—Este bolero tiene su historia. El susodicho que me la inspiró debió haber caído muerto por mi mano. Resulta que conocí a un señor muy guapo, muy bien arreglado y muy bien parecido. Alto, de pelo chino, con unos ojotes de árabe, preciosos. ¡Calla, que ya no hay de eso! Y resulta que me gustó, que me empezó a pretender, que me invitó un café... Fue medio aburridón, porque llevó como a siete empleados de su oficina para no estar solo conmigo. De repente, supe que andaba investigando mi vida, mi pasado. Yo tenía veintiún años entonces. Apenas iba a hacer mi pasado. Cuando lo supe, me dio mucho coraje y no lo volví a ver nunca, pero



Firmando autógrafos con Pedro Vargas



Con el presidente Lázaro Cárdenas

no me importó, porque llegué a mi casa a hacer la canción y nació “Mucho corazón”.

—¿Quién la grabó por primera vez?

—Benny Moré y Lalo Montané, El Duetto Fantasma. Me habló Mariano Rivera Conde por teléfono y me dijo: “Ema Elena, necesito su permiso para que le graben una canción, bueno, tres canciones. Dos, Los Bribones...”. Yo casi me desmayaba. “Y otra, Benny Moré con Lalo Montané”. Le dije: “Sí, Mariano, sí, tiene usted mi permiso”. “No, porque hay una que no la tiene usted firmada con mi editora”. “Bueno, pues, ésa la defiende”, le dije. “Sí, sí, dígame qué más”. “¿Puedo estar en la grabación?”. “No, porque nos viene usted a molestar con que se calle éste y se calle el otro”. Le respondí: “Claro que no, porque yo soy una persona educada y voy a escuchar. Si se saben bien las letras, no voy a abrir la boca para nada; si no se la saben como yo la hice, no

dejo que la graben”. Estuve tres o cuatro días llamándole yo: que aceptara, que por favor, que no le cuesta nada que yo esté en la grabación; y que me habla por teléfono: “La espero mañana, a las diez y media de la mañana, en la grabación”. Primero de Los Bribones, “Mil besos” y “Devuélveme el corazón”. Ellos la grabaron bien, no se equivocaron.

“Y luego, El Duetto Fantasma... Estaba yo en la grabación y Benny decía: “Di si encontrastes”, y yo paraba. “¿Ya ve?, ya va a empezar,” me decía Mariano. Y le dije: “No, perdóneme pero gramaticalmente está mal, por eso los detengo”. “¿Qué le corregimos?”. “Pues es que estos cubanos, cuando quieren se comen la ese y, cuando no la necesitan, la sueltan”. “Bueno, entonces vamos a repetir”. A la décima vez que la grabaron salió perfecta. Entonces, vino Benny, muy serio, guapote, negro, altote, con su arracada (era el primer hombre que yo veía con arracada, pero qué bien le quedaba), y me dijo: “Esa canción no la vuelvo a cantar en toda mi vida, porque me hizo usted repetirla diez veces”. “No la vuelva a cantar, ya la dejó grabada primorosa, así que no se apure”. Era 1950, y ahí sigue mi preciosa canción.

“Y sí, fue de un pegue lindo el disco de ellos dos. Excelente. Hizo internacional mi canción. Bueno, yo me hice cubana. Decían que la canción era de una cubana. Sí, sí, sí, de donde sea, porque si hubiera dicho que soy mexicana, no me daban nada. Te las dan por la nacionalidad, a veces.

“A Benny le encantó esa canción. Todavía, antes de morir, pidió que se la cantaran, cuando lo llevaran a enterrar allá en Cuba. María Eugenia, la hija de Chava Flores, y su esposo me dijeron que en su tumba estaba una cruz preciosa que decía: *Mucho corazón, Benny Moré*.

—Rafael de Paz dirigió la orquesta en esa grabación, un músico extraordinario.

—¡Extraordinario! Nos peléabamos extraordinariamente, porque era muy regañón. Luego quería cambiarme las letras, y yo le decía: “No se las voy a cambiar, maestro, así que ni se enoje”. “Pues es usted una niña caprichosa”. “Bueno, para eso son más las canciones, no me las grave, pero no le cambio nada”. Aunque llego a quererme bastante, con mucha ternura. Cuando conoció “El cheque en blanco”... ¡no, no, no!, ¡ni el Himno Nacional lo había hecho pararse tanto! ¡Qué barbaro! Estaba fascinado. “Es que no puedo creer, qué letra, todo lo que dice y no dice una grosería”, me decía. Y es cierto, “El cheque” no dice groserías... ni falta que hace.

Cheque en blanco: “Todo lo quieres con socios”

—¿Quién estrenó “Cheque en blanco”?

—Chelo Silva.

—¿Usted la conoció?

—Sí. Vino a México y me localizó para darme la

orden de que cuando yo compusiera algo inmediatamente se lo mandara a ella. Era muy muy buena vendedora de discos. Tuve la suerte de que me grabara cinco canciones. Pero era una persona muy sencilla, muy linda. A mí se me hace que murió pronto, muy joven. Tratándola era una bellísima persona.

Chelo Silva murió en 1988 en Estados Unidos. Pero mucho tiempo se pensó que seguía viva, lo que permitió que hubiera muchas imitadoras que se hacían pasar por ella. Fue la voz que hizo de “Cheque en blanco” un nuevo género, porque después de ella vinieron muchas otras canciones similares.

—¿Quién era ese señor de negocios que todo quería con socios?

—Era un señor muy importante para nuestro país, Justo Fernández, no era político y era talentoso, ¡pero muy bravo! Cuando estrené “El cheque” para darle la sorpresa, sacó la pistola y me la puso en la espalda... por lo que dice la canción. Yo iba a cantar a las fiestas de este señor Fernández y de don Carlos Trouyet. Me invitaban a cantar a sus comidas de empresarios, de gente muy importante, pero yo desconocía ese medio. Trabajaba de secretaria entonces, era otra cosa muy diferente. Sin embargo, me llevaban seguido a cantar con ellos. Mis canciones les gustaban. Fernández me empezó a pretender, me dijo que era soltero, que se quería casar conmigo y el blablablá que todos conocen. Bueno, me lo creí y me dije: “Pues es un hombre muy correcto, muy decente y así puedo rehacer mi vida, ¿por qué no?”. ¡Ay, qué babosa! El caso es que la misma tarde en que me invitó a comer con sus empresarios para que conocieran a su novia, llegó una artista de cine muy famosa, muy bonita, con un cuerpo bárbaro. Y éste se empezó a besar con ella, en el *love seat* estaban ya casi uno encima del otro. ¿Qué pasó luego? Que se fueron a la calle y volvieron con el pelo mojado... ¡yo creo que estaba lloviendo! Entonces, yo dije que me tenía que retirar, que con permiso y gracias. “Pero me las vas a pagar”, me dije. “No tardo nada en hacer una canción que te va a reventar”. Pero, bueno, me salí. Pasaron seis meses para que yo hiciera “El cheque”... porque no me venía la idea. Tenía yo muchos problemas. Entonces me preocupaba todo lo que estaba alrededor. El caso es que llegué una tarde a la casa, saqué mi guitarra y busqué un papel, porque ya saben, así somos nosotros los compositores. Nunca hallé el papel para escribir la canción. Nunca hay pluma por aquí, nunca... El caso es que empecé a hacerla en una bolsa de pan, porque no había papel, rompí la bolsa que estaba frente a mí y vacié el pan en un platón. Y a hacer “El cheque” en la bolsa de pan. Esa bolsa la guarda mi hijo de recuerdo, porque casi no tiene correcciones, ni nada que le cambiara yo. Todo lo que quise decirle ahí estaba. Habían pasado seis meses de la grosería que él me había hecho. Entonces, me lla-

mó por teléfono, que tenían otra comida y que si quería yo hacerle el favor de ir a cantar. “Sí, cómo no, con todo gusto, allá voy”. Y acepté, fui, pero cuando saludé a los señores lo brinqué a él, no lo saludé. Entonces, me siguió para decirme: “¿Por qué no me saludaste? ¿Por qué me dejaste con la mano tendida?”. “Ay, no me fijé, señor, discúlpeme”, le dije, “es que vengo distraída, perdón. Pero ¿qué cree, le tengo una sorpresa, le hice una canción?”. ¡Santo Dios! Empezó a correr por todos lados y a decirles a todos que oyeran la canción, que le había yo hecho una canción como de vuelo en el corazón, una de ésas.

“En la fiesta estaba la plana mayor de la Presidencia de la República. López Mateos estaba ahí. Estaba toda la iniciativa privada. Estaban Tata Nacho, José Alfredo Jiménez, Álvaro Carrillo. Y todavía el maestro José Sabre Marroquín me dijo: “No la cante, vieja, la van a matar”. “¿Por qué me han de matar, si estoy diciendo lo que siento?”. Bueno, entonces, yo ya les dije que le iba yo a cantar una canción al señor. Se la había dedicado yo a él. Todos estaban muy pendientes. Sí, pero cuando terminé de cantar sentí la pistola aquí en la espalda, fría y dije: “¡Adiós, mundo cruel! Sí me va a disparar”, porque son señores tan poderosos que lo pueden hacer... No los otros, los amigos de él hasta lloraban... Don Carlos Trouyet sacó el pañuelo para limpiarse las lágrimas de la risa, él y López Mateos hacían: “Jaaa, jaa, jaaa, jaa, jaaa”, como Santa Clós. De veras, fue brutal. Entonces, cuando sentí la pistola y me dijo: “Ni a mi madre le habría permitido que me dijera lo que me acabas de decir”, le dije: “¿No? Pues ya se lo dije y ¿ahora qué hacemos?”. Vino entonces don Carlos Trouyet y limpiándose las lágrimas de risa, dijo: “Mira, hermano, ¿cuántos de los que estamos aquí —por favor levanten la mano— quisieran que Ema Elena Valdelamar les hiciera una canción?”. “¡A mí, a mí, a mí!”, decían. Pero no, la pistola seguía fría, aquí atrás y el guardaespaldas llegó de aquel lado, un chaparrito. “¿A quién le doy jefecito?”. Y yo dije: “En la torre, ahora sí, por los dos lados”. Yo pensé: me puede matar tranquilamente. Te esconden y ya nadie supo, ni nadie sabe. Finalmente, le dije que me quería ir, y así fue la historia del “Cheque en blanco”. Después, él presumía que yo se la había hecho.

Adolfo López Mateos: “Por qué no fuiste tú”

—¿Y qué puede contar de “Por qué no fuiste tú”?

—Es corta la historia. López Mateos fue mi pretendiente, cuando estaba yo joven. Pero tenía una personalidad increíble, era precioso. Mi ex marido me insultaba, decía que mis hijos no eran de él, que eran de López Mateos, que por eso trabajaba yo en la presidencia. Me daba tanto coraje que no fuera cierto, que me enojé. ¡Cómo se atreven a hacerte soñar tan alto! Y luego te dicen: “Siempre no”. Siete años después de falle-



Ema Elena Valdelamar con José Alfredo Jiménez, Rodolfo Mendiola, el presidente Adolfo López Mateos, Mario Talavera, Tata Nacho en la fila delantera y Gonzalo Curiel, Chucho Monge, Carlos Gómez Barrera y Manuel Álvarez Maciste en la fila trasera, entre otros

cer López Mateos, venía yo de su misa, llegué a mi casa, guardé mi velo y le compuse “Por qué no fuiste tú”, porque casualmente estaba su retrato en mi buró. ¡Fíjate! ¡Ay, todos iban al buró...! Esa canción dice:

¿Por qué no fuiste tú
quien destrozó mi vida?
¿Por qué no fuiste tú
quien la partió en pedazos?

¿Por qué tenía que ser
que arrastrara esta cadena
que sólo se ha de romper
con mi muerte o con la de él
y envidiar la dicha ajena?

¿Por qué no fuiste tú
quien me dejó en la vida
la dicha de arrullar
la gloria entre mis brazos?

¿Por qué no fueron tuyos
los frutos de mi tierra?,
¿por qué no llevan tu nombre,
por qué no llevan tu sangre?
Así sí valdría la pena...

Mil besos: “Que si es pecado amarte, yo seguiré pecando”

Dice María Victoria que cuando grabó “Mil besos”, el gran director de orquesta Juan García Esquivel les fue explicando a cada uno de los músicos qué tipo de soni-

dos hicieran y que, en unos cuantos minutos, ya estaba listo uno de los arreglos más sorprendentes de los años cincuenta.

—Yo digo la verdad y nada más. Si parece que espanto a los hombres es porque parece que tengo razón, porque desde que tenía yo dieciséis, diecisiete —¡qué atrevida!—, mi mamá casi se desmaya con: “Yo sé que en los mil besos...”. ¡Ella que me contaba todo...! Pero hubo un detalle muy bonito con “Mil besos”, porque tuve un pretendiente que me amó toda la vida. Un día llegó solo, de visita a mi casa, después de veinticinco años de no vernos. Y mi mamá furiosa le dijo: “Usted es el culpable de los mil besos”. “¿Mil, señora? ¡Uno que me hubiera dado!”, contestó. Y es verdad, ¡qué bruta fui! Uno... y no mil de balde.

“Y besarte y besarte y volverte a besar...”

—Hay otra canción, “Volver a besarte”, que cantó Pedro Vargas, también con Juan García Esquivel, un músico que se adelantó cincuenta años a su tiempo.

—Era para que todas mis canciones me las hubiera grabado él y no se muriera. Era excelente.

—¿Qué historia tiene “Volver a besarte”?

—¡Ay, qué te cuento! Que no tiene historia. Es lo que más rabia me da. El otro día le pedí perdón por Dios al Espíritu Santo y le dije: “¡Cómo me arrepiento de no haberme ido con ese señor!”, y luego le dije: “¡Perdón, Espíritu Santo! Se me olvidó que estaba hablando contigo, y a ti no te puedo decir mentiras”. Yo estaba enamorada de un señor guapísimo, fue mi jefe. Jamás me enamoró ni me dijo nada. Simplemente era mi jefe, pero

sí te puedo jurar que tengo versos, muchos versos para él, donde le descifro lo que nos decíamos con la mirada.

—¿Pero qué hizo?

—¿Qué hice? ¡Nada! Lo hubiera correteado, le hubiera metido el pie.

—¿Y él se enteró de esta canción?

—La oyó porque salió el disco conmigo cantando. Entonces, él y un amigo suyo me esperaron en la puerta de la oficina y me dijo: “No da un paso más, si no me dice y me jura que esta canción no me la hizo a mí”. ¡Ay!, yo quería morirme de pena, porque le tenía yo mucho respeto, mucha pena. Y tenía yo noticias de la esposa de él... ¡Qué babosa! Se encelaba de mí la idiota. Si lo he sabido, ¡la ayudo a sufrir!

—¿Pero qué le contestó usted, cuando le dijo de la canción?

—No le pude contestar. Sentí que me puse solferino y no pude contestarle nada. Yo creo me muero, porque nunca pensé que él lo supiera, que lo sintiera él en su interior.

—¿Él sabía?

—¡Quién sabe! Por mí, no. Por las miradas, sí. Nunca se me logró darle un beso a ese señor.

Mil besos y mucho corazón

—La suya es una obra llena de grandes corazones y de muchos besos.

—Y de pocos besos también. Sí, porque la gente no te sabe amar. Yo así sentía, que no me sabían amar como yo amaba. Yo no sentía que me correspondiera nadie. Por eso adoré a los perritos, porque ellos sí me sabían dar amor sin pedirme nada. Para mí el amor lo representan los perritos, porque es blanco, lindo, desinteresado, del cielo.

—Y sin palabras, también. Pero, de todos estos hombres que la inspiraron, ¿usted a quién quiso más?

—¡Ay, no me hagas bolas! ¿A cuál quise más? Está medio difícil. Me enamoré muy bonito de un médico. Fui su novia como tres años y medio, pero, cuando fue a pedir mi mano, mi mamá no aceptó y lo corrió de la casa. Y ése fue un dolor eterno, porque además pasó mucho tiempo y yo soñaba con encontrármelo en la calle, de coche a coche, ¡como fuera! Por casualidad, un compañero de la Sociedad de Compositores estaba siendo atendido por un cardiólogo que se llamba como el doctor que había sido mi novio. Entonces le dijo a mi hijo Darío: “¿Qué crees?, que me atiende un cardiólogo y su papá fue novio de tu mamá”. Y así me enteré de que hacía nueve años que había fallecido. Fue cruel. No lo alcancé, no era para mí. No estaba en mi destino: lo que ha de ser tuyo y lo que no.

El amor está en el destino, y lo mejor es no rehuirle. Ésa fue la vida de Ema Elena Valdelamar. Entregarse, pero no nada más entregar el amor, sino el desamor

y el despecho. Y todo lo hizo en abundancia, los besos, el corazón y hasta el desprecio lo entregó en un cheque en blanco. De eso se tratan sus canciones, del amor que no se acaba, del amor que se entrega y siempre renace. A Ema Elena no la volví a ver. Dijo adiós, pero antes cantó todavía algunas de sus canciones: “Me sobra mucho, pero mucho corazón”. Y yo, como quizás intuía que era la última vez, tenía el mío encogido en una mano. Se levantó y nos dijo adiós:

—Gracias, me encanta que sepan amar tan bonito y renunciar a lo que se tenga que renunciar. Así soy yo también. Muchas gracias por su cariño. Por esta noche tan bella que me han regalado. Y gracias por quererme. **U**



En la XEW

